

LITERATURA BASURA

La (in)cultura de masas es otro de los signos visibles que caracterizan nuestra sociedad de consumo contemporánea. Puede que sea incluso uno de sus signos más característicos. En esta sociedad salvajemente mercantilizada, en la que cualquier bien o producto es susceptible de ser vendido, comprado, arrendado, traspasado, capitalizado, amortizado y, sobre todo y preferiblemente, consumido en cualquiera de sus muchas formas de consumo y a través de los muchos y diferentes consumidores posibles, ninguna manifestación artística, cultural, científica o creativa que pretenda cierta difusión y reconocimiento público puede aspirar a permanecer fuera de los circuitos comerciales y de marketing correspondientes a su naturaleza o que le vengan impuestos desde interesados patrocínios ajenos ávidos de lucro. Nada extraño, pues, que una multinacional de refrescos patrocine un festival de danza, una fábrica de pipas lo haga con una exposición de pintura o un almacén de ferretería con un certamen literario, y así sucesivamente, cualquier cosa que se nos ocurra por disparatada que pueda parecer, para qué seguir con los ejemplos. Los mecenazgos de la antigüedad probablemente se inspirasen principalmente en elevados y nobles valores estéticos y espirituales antes que en meros intereses materiales, y por esa razón el mundo alumbró verdaderas obras de arte hoy en día impensables, irrepetibles y por supuesto formalmente inútiles bajo el punto de vista de la doctrina de pensamiento contemporánea. Hoy en día a nadie se le ocurre levantar una catedral gótica, escribir un código medieval o componer una partitura de música barroca (u otras creaciones equiparables que puedan ser homologadas en el presente), sencillamente porque la (in)cultura de masas no demanda ya este tipo de creaciones que sólo pueden alumbrarse desde la filosofía del arte por el arte o desde el sentido idealista del amor al arte sin otras implicaciones consumistas. Pero en nuestra sociedad de consumo brutalmente monetarizada la filosofía imperante es la del dinero por el dinero y el único sentido que impulsa la vida de la mayoría de las gentes (un sentido nada idealista y sí

por el contrario absolutamente pragmático) es el del amor a los bienes materiales por encima de cualquier otra consideración.

Otro de los signos más visibles que caracterizan a la sociedad de consumo en la que vivimos es el dirigismo (in)cultural, la alienación del pensamiento individual y el adoctrinamiento generalizado y sistemático de las grandes masas consumidoras. En el fondo lo que se persigue con ello no es tanto eliminar cualquier posible disidencia, que también, como someter mansamente a esas masas a los dictados del orden económico establecido para que con sus hábitos de compra pueda seguir alimentada y engrasada la monstruosa maquinaria del consumo, hasta cerrarse así un círculo vicioso del que ya no se puede salir. El sistema crea los bienes de consumo y a los propios consumidores que han de consumirlos, y para ello, el dirigismo, la alienación y el adoctrinamiento, que en el fondo vienen a ser los tres la misma cosa, cumplen el estimable propósito de fomentar unas necesidades ficticias de consumo en virtud de los intereses del mercado y de la despiadada competencia comercial, nunca del libre criterio e interés del consumidor, si a éste se le dejase elegir.

Pero es evidente que nadie puede optar por algo que no existe, o que por lo menos no ha sido comercialmente ofertado, y en este sentido el ejemplo de la televisión, ese opio contemporáneo del pueblo, es el más esclarecedor de todos. Cuando en la década de los años ochenta del pasado siglo se liberalizó en España el sector televisivo, hasta entonces monopolio estatal, para permitir la libre concurrencia de cadenas privadas, la mayoría de los espectadores estuvo de acuerdo en considerar que la cantidad, calidad y pluralidad de contenidos que se avecinaban superarían para siempre el pesado lastre mostrenco y monocolor que había imperado en la cadena pública oficial durante décadas. Sin embargo, para desengaño de los más acérrimos televidentes de entonces, la consecuencia de esta apertura del medio audiovisual a la libre competencia privada no habría de traer, como se vería enseguida, ninguna de esas excelencias deseadas, sino todo lo contrario, porque superados unos primeros momentos de curiosidad, euforia y falsa sensación de libertad de elección ante la extensa oferta televisiva (el

españolito de a pie se sentía el rey del mundo con el mando a distancia recién adquirido), lo que terminaría consolidándose en las pantallas de uno u otro canal sería la basura más variopinta, pero basura a fin de cuentas, esa misma basura ya imperecedera, institucionalizada y monocorde que ha llegado hasta nuestros días para alumbrar un término que define con verdadero rigor la televisión que sufrimos en España: Telebasura.

Como no podía ser de otra manera, los responsables del detritus audiovisual vomitado día y noche a través de las pantallas de los televisores no tardaron mucho en encontrar la coartada perfecta para justificar sus malolientes contenidos: esa era la televisión que demandaban los telespectadores, y por lo tanto no podían emitir otra cosa, pues se debían a los índices de audiencia. Y en eso siguen, y entretanto la basura se recrudece y se supera a sí misma en una espiral nauseabunda que ha emponzoñado el medio hasta convertirlo en un intransitable muladar. Pero la cuestión más importante es la que primero se ha pasado por alto: ¿qué fue antes, la gallina o el huevo? ¿Eligen basura los telespectadores porque sólo se les ofrece basura, o la eligen porque, pudiendo optar libremente por otros contenidos más dignos, y siendo conocedores de los mismos, lo único que les sigue interesando es ver basura?

Donde sólo hay basura, impelido por la necesidad de elegir, sólo puedes elegir la basura. La televisión es uno de los instrumentos más poderosos del sistema y el más adecuado para los propósitos antes referidos de dirigismo (in)cultural, alienación del pensamiento individual y adoctrinamiento generalizado de las grandes masas consumidoras. Por ello la televisión ofrece primordialmente basura, porque el sistema necesita que la gente consuma basura. Si tenemos en cuenta que quienes más tiempo pasan frente al televisor en España son los ciudadanos de la tercera edad, los enfermos, los miembros de las clases más desfavorecidas y de menor nivel cultural y buena parte de los niños, no nos será demasiado difícil comprender que todas estas personas tan maleables son precisamente las que se encuentran en las peores

condiciones de elegir la televisión que quieren ver y, por ende, además son las que más necesitan de este medio de comunicación para entretenerse. Por lo tanto, si la televisión sólo emite basura, verán basura de buen grado, y encima deberán sentirse afortunados por ello. Claro que el panorama sigue siendo igualmente desalentador cuando comprobamos, según se encargan de divulgar encuestas y estadísticas de todo tipo, que el resto de los españoles comunes también consumen cantidades ingentes de televisión (incluso seis o siete horas diarias, sobre todo los fines de semana), con lo cual su correspondiente ración doctrinal de basura está perfectamente asegurada. Pues bien, todos estos ciudadanos -salvo los niños- convenientemente embrutecidos y despojados de cualquier criterio independiente después de interminables sesiones de terapia frente a la caja tonta son los que luego acuden en masa a consumir a los grandes centros comerciales y a votar en las urnas cuando se convocan citas electorales. El sistema ya los tiene de su lado incondicionalmente.

Personalmente detesto la televisión (sobre todo me aburre) y suelo pasarme meses enteros sin encender el televisor ni un solo minuto ni acordarme de su abyecta existencia, pero no es el propósito de este artículo hablar extensivamente de ella y de la basura que genera, sino de otro tipo de basura producida por la sociedad de consumo e igualmente hedionda, pero en este caso de naturaleza más supuestamente *intelectual*, como pueda ser la literatura de masas, esos libros que popularmente se conocen y reconocen ampulosamente con el apelativo de *best seller* estampado en sus llamativas portadas. La televisión no me interesa en absoluto, pero sí me interesa la literatura, la buena literatura, la literatura de verdad, no la falsa literatura de consumo que se vende en los grandes centros comerciales junto a las lavadoras y los molinillos de café, y que sin embargo despierta tanta atención, curiosidad y elogios maravillados entre sus entusiastas lectores consumidores que, con cada nueva aparición editorial, creen encontrarse casi siempre, invariablemente, ante una magna obra de arte. Pero, salvo muy escasas y honrosas excepciones, este tipo de libros, generalmente novelas (aunque

bien podríamos decir *novelones*, dado el excesivo número de páginas de la mayoría de ellos) no son sino elaborados productos de marketing de ínfima calidad cultural destinados al voraz consumo de las masas en forma de grandes tiradas de cientos de miles o millones de ejemplares. Literatura rápida de entretenimiento, literatura urgente de usar y tirar, literatura basura, en suma. Ni uno solo de esos libros pasará a la Historia, ni será recordado, ni recibirá tal vez la menor reseña una vez desaparecidos sus voraces lectores. Se escribirán otros nuevos que los reemplazarán, de la misma manera que se fabricarán nuevos modelos de frigoríficos que relegarán al olvido a los modelos anteriores. La rueda eterna de la industria no puede dejar de girar, siempre ha de estar en movimiento, produciendo, fabricando, manufacturando productos de obligado consumo inmediato para las masas.

No seré yo, desde luego, quien pretenda adoctrinar a nadie acerca de lo que debe de leer y de lo que no. Eso ya lo hace con indudable éxito la propia sociedad de consumo, dictando modas, moldeando gustos, formando tendencias, inventando cánones (in)culturales. El motivo de mi diatriba exasperada contra la literatura basura tiene que ver, sobre todo, con la postura complaciente y admirativa que adoptan sus lectores ante ella. Esos lectores fervientes y a menudo compulsivos de *best sellers* no acostumbran a aceptar de buen grado que se cuestione la calidad y el mérito de sus lecturas, que ellos consideran como libros excepcionales y de gran valor cultural. Otros más precavidos o menos entusiastas tal vez den en conceder que, efectivamente, no son grandes obras, pero por lo menos resultan entretenidas y enganchan al lector, pero esto es tanto como no decir nada, porque cualquier telenovela de la sobremesa, centenaria en capítulos, cumple con creces estos requisitos y sin embargo no deja de ser por lo común un deficiente producto de consumo rápido para audiencias desocupadas. Es decir, telebasura. Si el principal mérito de una novela ha de basarse en su capacidad de captar la atención y la curiosidad del lector desde la primera página, aunque carezca de otros logros creativos y artísticos, entonces probablemente esa novela tendrá una calidad literaria muy mediocre. Lo menos que se le supone a un libro

es que debe de ser interesante para quien lo lee, eso desde luego. Pero que sea interesante no significa que sea un buen libro. Pues al contrario, hay muchos libros soporíferos y cargantes que ponen a prueba la paciencia del lector y que sin embargo han de ser considerados como libros extraordinarios.

El grado de exigencia del lector a la hora de obtener satisfacción de la lectura de un libro viene determinado sobre todo por su nivel cultural, sus gustos e intereses personales, su sensibilidad artística y su desarrollo emocional. A tenor de esto resulta evidente que no todos los lectores pueden leer todo tipo de libros, sin embargo todos los lectores pueden leer sin problemas cualquier *best seller*, porque el grado de exigencia que requiere la literatura de consumo de masas es el más bajo dentro de la escala cultural. Como cualquier otro producto industrial, un *best seller* ha de responder a las expectativas comerciales del gran público consumidor, unas expectativas que ya han sido diseñadas de antemano mediante la publicidad, la promoción y otras técnicas elaboradas de marketing, de manera que cuando el libro en cuestión sale a la calle sus ejemplares acostumbran a venderse como churros, valga la expresión. Y esta analogía tan pedestre puede llegar a explicar de manera simplista porqué los *best sellers* suelen ser libros tan voluminosos -muchos de ellos con mil páginas o más-, con portadas tan llamativas e impactantes -muchos de ellos con enormes títulos dorados en relieve-, y con reclamos visibles mostrando breves y contundentes reseñas elogiosas de la crítica especializada (a sueldo de la editorial) y ampulosas cifras relativas al número de ventas en otros países en los que el libro se publicó con anterioridad. No nos sorprendamos. El cliente de una churrería siempre va a escoger el churro más grande, más dorado, más crujiente y apetitoso a la vista, aunque la masa esté cruda por dentro. Y si alguien tiene a bien hacerle ver este inconveniente, él siempre podrá justificarse alegando que los churros le gustan así. Tiene que haber estómagos para todo.

Es posible indigestarse con churros de impecable aspecto y mal estado y con productos de la literatura basura que presentados bajo un atractivo envoltorio no encierran en su interior sino un contenido

manifiestamente deleznable. Detesto los *best sellers*, porque me aburren como la televisión y además me cabrean y me hacen sentir un lector estafado al que se le pretende dar gato por liebre. No, la literatura, la buena literatura, la literatura con mayúsculas es otra cosa remotamente alejada de estos burdos productos de consumo al por mayor. Jamás he comprado un *best seller*, por supuesto, y puede que en mi vida no haya leído más allá de una docena de ellos, siempre regalados o prestados por personas incondicionales a la causa que pretendían atraerme a sus filas y eliminar mis fundamentadas reticencias: *anda, léete este, que este sí que es buenísimo, de verdad, no como otros que has leído, este te va a gustar, no puedes opinar de algo sin conocerlo, no son tan malos libros como crees...*

Persuadido por estos encarecidos razonamientos, hará ya tres o cuatro años que me leí el último, un voluminoso mamotreto de seiscientas o setecientas páginas escrito, o mejor dicho perpetrado, por uno de los más punteros autores españoles de literatura de masas (siendo fiel a mi costumbre no daré nombres si no es necesario), barcelonés, para más señas, el cual días antes de la aparición del libro en los comercios compareció, sin el menor rubor, en un acto promocional televisivo de presentación frente a una pila descomunal de ejemplares de su obra amontonados como un palé de paquetes de azúcar en un supermercado. Su novela era magistral, por supuesto, qué iba a decir él, y la crítica especializada le avalaba, faltaría más, y el libro estaba predestinado a convertirse en líder de ventas desde el principio y a cautivar a los lectores, sí o sí. Habría que ver a qué tipo de lectores convencía y cautivaba, eso desde luego, porque ante semejantes credenciales de marketing industrial yo me acababa de sentar a leer en el sofá invadido por un escepticismo considerable. A lo largo de las primeras páginas al menos conseguí disipar vagamente mis prejuicios y albergar una incierta duda de que tal vez aquella novela no fuese tan deleznable como me temía, pero mis saludables expectativas apenas llegaron hasta la página cien. A partir de ahí, además de experimentar la misma sensación de aburrimiento y fraude que me habían provocado todos los *best sellers*

anteriores, lo único que deseaba era acabarme el libro cuanto antes, fuese como fuese -como se acaba uno un filete duro y reseco al que le han invitado-, olvidarlo para siempre y jurarme a mí mismo no volver a leer otra novelucha de masas. Leía durante horas y horas, detenidamente, volvía hacia atrás para releer y analizar con detalle frases, párrafos y páginas, formas sintácticas, construcciones gramaticales, descripciones, diálogos y situaciones de la trama, la psicología y el vocabulario de los personajes, el desarrollo y la tensión narrativa, los hallazgos estilísticos del autor, su propia deriva argumental, es decir, hasta dónde iba a conducirlo al final la historia que estaba contando, que se veía a las claras que se le había ido de las manos, que no la controlaba, porque la iba salpicando sobre las páginas al capricho de la propia escritura, improvisando sobre la marcha, sin un argumento previamente definido, y podría por ello concluir de cualquier manera precipitada en cuanto el editor le apremiase a entregar el libro a la imprenta o una vez hubiera superado el número de páginas convenidas. Y tal vez debió de ser eso lo que sucedió, o bien es que nuestro autor superventas no tenía talento para más (virtud irrelevante a la hora de escribir un extenso *best seller*), porque además de lo señalado anteriormente y sin extendernos en complejas cuestiones formales y estilísticas, su infumable y aparatoso artefacto transitaba una y otra vez de un género a otro, de la novela negra a la novela gótica, de la novela fantástica a la novela policíaca, de la novela de aventuras a la novela erótica, azarosamente, sin orden ni concierto, pretendiendo dominar todos esos registros a la vez para terminar desbordado por ellos en un despropósito argumental atropellado, grandilocuente y artificioso, sembrado de personajes fantasmagóricos y librescos, diálogos inverosímiles y forzados, escenarios truculentos y situaciones delirantes, un cóctel de elementos tan ineficaces como descuidados con los que ir armando una trama imposible y cada vez más alambicada con la que el propio autor terminaría por echarse la soga al cuello imprudentemente y cerrarse todas las salidas, dejando en evidencia su presuntuosidad y mal oficio literario. Si esta pésima novela de seiscientas o setecientas páginas

no hubiese sido encargada, diseñada y predestinada ya en origen a convertirse en un éxito de ventas, ninguna editorial habría podido permitirse el capricho comercial de publicarla. Todo escritor aficionado que haya intentando escribir una historia de ficción alguna vez, se habrá dado cuenta de lo complejo que resulta reflejar la idea en un texto de calidad aceptable, por breve que sea su extensión y por extenso que sea el trabajo empleado en él. Escribir bien es muy difícil y no está al alcance de cualquiera, pero escribir mal, e incluso muy mal, también es muy difícil y laborioso, aunque sí parece por lo menos al alcance de la mayoría de los autores de *best sellers*, que publican tiradas millonarias de sus libros, reciben el aplauso de crítica y público y además viven holgadamente de ello. Como las grandes estrellas mediáticas de la televisión. O de la telebasura.

Ya sé que muy pocos lectores, salvo tal vez los profesionales, esto es, los que forman parte de los comités de lectura de las editoriales, los que constituyen los jurados de los premios literarios o los propios críticos y los escritores, emplean en la lectura de una novela este riguroso método de análisis y disección. Yo sí lo hago, con mucha mayor modestia, y no soy lector, ni crítico ni escritor profesional, pero leo no sólo para entretenerme, sino sobre todo para aprender, y especialmente para aprender a escribir o para mejorar mis conocimientos y recursos en esta disciplina, aunque sea consciente de que nunca me voy a ganar la vida con ella. Un *best seller* evidentemente jamás va a satisfacerme esas expectativas, antes al contrario, lo que conseguirá será irritarme. Es comprensible, por lo tanto, que quienes se entregan complacidos a estas lecturas industriales ni sepan ni estén interesados en otra cosa que no sea una somera adquisición de conocimientos accesorios, en el caso de que el libro se los procure, y un ligero entretenimiento, a ser posible duradero y acorde al precio del producto, razón por la cual este tipo de libros de literatura de consumo son tan extensos y de lectura poco exigente, por lo general. Todo ello, lectores y libros de masas poco o nada ambiciosos, son muy respetables, por supuesto, algo que no cabe cuestionar, pero lo que ya no resulta en modo alguno aceptable es que se les concedan a unos y a

otros altas credenciales y excelencias culturales cuando sólo representan en su conjunto a las voraces masas consumidoras y adoctrinadas consumiendo la literatura basura que el sistema desea que consuman. Como se consumen hamburguesas, microondas o televisores: a escala industrial.

Lamentablemente han sido pocas las voces más o menos autorizadas que han clamado en contra de este fenómeno ya consolidado de la literatura comercial y su creciente papel de mediocre recambio y suplantación intelectual de los verdaderos valores culturales ajenos al gran mercado, aceptado con todas las bendiciones por la sociedad de consumo, pero sí existe un precedente curioso sucedido bastantes años atrás, cuando la Real Academia Española de la Lengua decidió nombrar académico a un famoso periodista y corresponsal de guerra español (innecesario mencionar su nombre), oportunamente reciclado en exitoso y prolífico escritor de masas, con decenas de títulos de cuestionable calidad liderando las listas de ventas. La tarde en que iba a pronunciar su discurso de ingreso en la Real Academia un numeroso grupo de personas se congregó en los alrededores del edificio para abuchearle y protestar por su nombramiento, pues entendían que ni sus libros ni su trayectoria literaria le hacían lo bastante merecedor de ingresar en tan alta Institución. En su descargo hay que decir, por una parte, que la responsabilidad de su nombramiento como académico de la lengua le correspondía a la Academia, y no a él, y por otra que, aunque se había convertido en un escritor muy popular y sus libros, desde luego, no alcanzaban una estimable excelencia literaria ni intelectual, tampoco se le podía considerar estrictamente un escritor de *best sellers*, no por lo menos bajo los patrones anglosajones del término ni bajo los patrones editoriales y comerciales al uso en España, pues el éxito de ventas de sus primeros libros (algunos llevados al cine) había llegado de manera espontánea, no como consecuencia de elaboradas campañas de marketing. Claro que, una vez descubierta la gallina de los huevos de oro, ya era sólo cuestión de darle a la manivela, publicar dos o tres títulos al año y hacer caja. Pero un escritor demasiado prolífico trabajando por

encargo para una editorial no puede escribir grandes obras ni sentar cátedra en un período tan corto de tiempo, con lo cual, lo quiera o no, termina abocado a la literatura de consumo, y ése me parece a mí también un insuficiente bagaje para ocupar un sillón de la Academia de la Lengua.

Hasta aquí hemos venido hablando exclusivamente de *best sellers* de ficción, es decir, fundamentalmente de novelas y de otras formas narrativas menores (se antoja impensable la poesía o el teatro como materiales para un *best seller*), pero la maquinaria editorial de masas explota también un lucrativo filón inagotable en los denominados libros de *no ficción*, clasificación genérica en la que caben todo tipo de obras divulgativas de mayor o menor calado científico escritas en un lenguaje sencillo y comprensible para el gran público profano, biografías y autobiografías generalmente irrelevantes de personajes famosos y contemporáneos no menos irrelevantes desde el punto de vista cultural, oportunistas -y por lo común revisionistas- ensayos y libros de historia -a menudo más bien pseudohistoria- escritos por polémicos periodistas y falsos historiadores sensacionalistas y carentes del menor rigor histórico, libros de cocina auspiciados por los grandes gurús gastronómicos televisivos de nuestro país y, sobre todo, los denominados *libros de autoayuda*, en los que se instruye a las grandes masas lectoras en disciplinas tan diversas como dejar de fumar, ponerse a dieta, superar la depresión, llegar a fin de mes, preparar la comida cuando se tiene el frigorífico vacío, conseguir la armonía en las relaciones de pareja, mejorar el rendimiento sexual, exterminar los ácaros que invaden la alfombra del salón... La propia sociedad de consumo, es decir, el sistema, tiene los grandes remedios para los grandes males que él mismo ha causado a la gente, y mucha gente se lo cree y devora esos libros con la esperanza de poder hallar un poco de consuelo en sus atribulados corazones. Como siempre, se crea la necesidad y después se diseña a medida el producto idóneo que ha de satisfacerla. Nada existe porque sí. Hay que fabricar automóviles, televisores, tostadores de pan, teléfonos móviles, ordenadores, preservativos, videocámaras... ¡incluso libros!

Después de todo, si nos paramos a pensar, es mejor esto que nada.

Es necesario que las masas lean, es necesario que los individuos lean. El futuro de los libros en papel, tal y como los conocemos ahora, es por lo menos incierto. Los libros electrónicos recién nacidos tal vez acaben por suplantarlos y llevarlos a la extinción. Si nuestra libertad de elegir sigue adelgazando como hasta ahora, da que pensar si estos libros virtuales no terminarán por traer más basura cultural a nuestras vidas. El día en que sólo nos proporcionen basura para leer, tendremos que leer basura o abandonar el hábito de la lectura. Una gran quiebra moral. Ese día no parece lejano. Ya ha sucedido con la televisión. Y con la prensa escrita, diseñada también para adoctrinar y servir al sistema. Prensa basura, televisión basura, literatura basura. Como sigamos así, la basura nos va a llegar hasta el techo.